

ya no hay épocas absolutamente malditas. El hebreo podrá ver en los dioses de Grecia cor-tesanos del rey de los infiernos; el griego podrá ver en los judíos legiones de oscuros fanáticos; á los ojos del patricio romano será el nazareno de las catacumbas un rebelde, merecedor de que lo devoren las fieras del circo; á los ojos del nazareno serán todas las creencias, menos las creencias evangélicas, abominaciones del entendimiento, oscurecido por el pecado; el católico verá desde los altares del Escorial ó desde la Basílica de san Pedro, en Lutero, un monge sensual y ébrio; el protestante verá desde las desnudas iglesias de Ginebra ó de Berlín al papa como al Antecristo apocalíptico que ha de perder el mundo; cada religion se creará la verdad absoluta; cada sectario el hombre perfecto; y entre tantas intolerancias y sobre tantas guerras, y en medio de tan inconciliables contradicciones, todas las escuelas enemigas, todos los pueblos en armas unos contra otros, contribuirán á realizar el pensamiento de Dios en la Historia, como dos ejércitos en guerra sirven para abonar con sus cadáveres el campo donde han caído: que de sus enemistades y de sus cóleras nada sabe la madre naturaleza.

Wizenmann vá más lejos todavía y resucita el pensamiento de Orígenes. En su teología no cabe que haya un sér que esté condenado al mal eternamente. El espectáculo de los dolores humanos servirá para convertir á Satanás. El ángel de las tinieblas participará de nuestras penas, beberá nuestras lágrimas, y tendrá sed de lo infinito, y tendrá nostalgia del cielo y tenderá sus brazos á Dios, sus ojos á la luz de donde cayera, su pensamiento á la inmensidad, su corazón al bien; y el so-

plo de la divina misericordia apagará el fuego del infierno, y los ángeles de las tinieblas volverán á entrar, coronados de estrellas, en el éther de los cielos. Cláudius, el más original y el más poeta de todos estos escritores, será también partidario de la razón humana; la llamará luciérnaga, que se arrastra por la tierra, pero luciérnaga, á la cual tarde ó temprano han de salirle angélicas y misteriosas alas para volar por lo infinito.

Compárense estas teorías llenas de sentimiento humanitario y progresivo con las teorías de nuestros neo-católicos. Para estos la razón y el absurdo se aman con amor invencible; el género humano, que no está dentro de la Iglesia es más despreciable, mucho más despreciable que las bestias; los tres últimos siglos no han sido más que tres siglos de ignominias y de errores; la revolución que ha promulgado los derechos del hombre, no ha hecho sino continuar la obra de Satanás, la obra de la soberbia y del orgullo contra Dios; la ciencia que ha vertido tanta luz, no ha hecho sino llenar del viento de la vanidad el frágil corazón humano; la Reforma es un retroceso; el Renacimiento una apoteosis de la sensualidad del paganismo; Rafaél un ídola; las monarquías civiles una reacción al despotismo del Oriente, y las repúblicas democráticas una demagogia sin Dios y sin freno; solamente puede haber salvación para el mundo en tornar á la Edad Media, á sus teocracias en el trono, á sus pueblos en el polvo, á sus claustros llenos de penitentes, á sus cruzados que vayan á recibir de la Iglesia voz de guerra y espada de combate, á sus papas levantados como demiurgos, dioses y reyes, entre el cielo y la tierra.

CAPITULO XXXII.

LA EDUCACION REPUBLICANA.

El siglo décimo-octavo continúa la obra de la educación del género humano, obra que ha de dar, quieran ó no quieran los reaccionarios de todas las teologías, por resultado lógico y preciso, la República universal. Dos libros apasionaron al siglo; dos libros que podrá empequeñecer como quiera la crítica moderna, pero que no pueden ser juzgados sino por el momento en que nacieron, por la situación de los pueblos, por el estado de los ánimos. El filósofo Kant, era una especie de hombre mecánico. Las ideas habían calcinado sus huesos, y las pasiones humanas no habían penetrado en su pecho. No se le conoció jamás amor ninguno, ni ninguna mujer iluminó con su ternura aquel hombre fuerte y frío como el hierro. Todos los días, á unas mismas horas, salía á dar sus paseos con la regularidad y la precisión de las figuras en los relojes por antonomasia mecánicos. Durante dos ó tres días, aquel hombre no salió de su casa. ¿Estaba enfermo? Como las pasiones no atacaban su alma, las enfermedades

no atacaban su cuerpo. Tenía una salud, que por lo estable, podíamos llamar salud mineral. No salió en dos ó tres días de su casa, porque no pudo apartar de sus ojos el libro que se publicaba por entonces, el *Emilio* de Rousseau.

Podrá la saña ciega de los partidos cebarse en el autor y en la obra, pero no podrá quitarle, no, la gloria inmarcesible de haber conmovido con sentimientos maternales hasta las entrañas más duras y los corazones más empedernidos. Desde los tiempos de Platon, hay que decirlo, no se había hablado de una manera tan elocuente, tan apasionada, tan luminosa. Las ideas se encarnaban en esa hermosura, que según el sublime fundador de la Academia, es el eterno resplandor de la verdad. La lengua francesa parecía, bajo la pluma de Rousseau, como el mármol de Paros bajo el cincel de Fidias. Rebosaba de aquella copa de oro el vino embriagador de los grandes sentimientos revolucionarios. La humanidad se concentraba, como en el pri-

mer día de nuestra redención religiosa, como en la noche buena de Belén, sobre la cuna del niño, frágil, tierno, menudo, pequeño; pero llevando en sus rosadas manecitas el mundo de lo porvenir, y repitiendo en sus celestes ojos el horizonte de las nuevas redentoras ideas. La madre, perdida en los salones, apartada de la lactancia por una falsa moral y una falsa higiene, vino con sus ubérrimos pechos, cargados de dulcísima leche, á alimentar á sus hijos, y con su corazón, todo amor, todo poesía, todo religión, á sostenerlos y educarlos para labradores de la vida, para sacerdotes de la libertad. La naturaleza regenerada se alzó de la tumba donde la tenían como muerta las teocracias; y en su resurrección, tan bella como la resurrección de las mariposas en primavera, anunció que el mal es en su seno un accidente, y que puede llamarse ella el alma santa madre, el bien supremo, como Dios la suprema justicia. Y sobre toda esta escala de ideas, como la más grande, como la más duradera, como la más divina, superior á la misma naturaleza, se levantó la idea casi negada en las diversas sectas religiosas por el principio semi-fatalista de la gracia, se levantó la idea de la libertad moral, que dió fuerza al hombre, esperanza al progreso, luz á la misma ciencia, doctrina é ideal á la revolución y á la república. Este libro sobrenatural, con todos sus errores, con todos sus defectos, con todas sus imperfecciones, planteaba el problema humanitario por excelencia: el problema de la educación.

El otro libro, que impresionó vivamente al siglo décimo-octavo, es el libro de Daniel Foë, escritor desgraciadísimo, á quien la intolerancia de aquellos tiempos había por sus publicaciones sumergido varias veces en profundos calabozos, después de haberle cortado bárbaramente las orejas. Su libro ha llegado á pasar, como el libro de Cervantes, al sentido común del género humano y al lenguaje proverbial de todos los pueblos. Su libro es el Robinson. Y el Robinson es el poema de la

naturaleza dominada por la fuerza del trabajo. Una y mil veces el mar con sus tempestades y sus naufragios le anuncia al marino intrépido su estrella; y como si fuera su alma el huracán que impulsaba á los sajones, y su cuna la barca de cuero donde aparecieron los normandos entre las embravecidas ondas del mar del Norte, lucha impertérrito con vientos, con trombas, con tormentas, con el rayo y el granizo, con todos los elementos, á la manera que el conquistador en la guerra. Mas no creais que esta lucha tiene el carácter épico, legendario, poético de los combates descritos por Camoens en sus Luisiadas, no; es lucha real, descrita técnicamente, apoyada en cálculos, probada con documentos, lucha de un mercader, de un inglés prosáico, que solo busca oro para sí, comodidades para su familia, puntales para su casa, apoyos para su vejez en su conquista del Océano. Y un día el viento le vence, el mar le arroja, la tempestad le lanza sobre una playa desierta. Y allí está solo, abandonado; sin más recurso que el vigor de sus brazos, sin más esperanza que el Dios de su Biblia. Y solo, y abandonado, lucha con la naturaleza como había luchado siempre; y arranca los árboles, y pule las piedras, y teje los filamentos de las plantas, y empapa con su sudor la tierra, y educa los animales, y somete las fuerzas enemigas, y abre canales, y talla lanchas, y mueve los remos, y caza las fieras, y siembra, y siega, y muele, y amasa sin contar jamás con las dificultades, sin retroceder á los peligros, seguro de su derecho divino sobre la creación y de la fuerza incontrastable de su voluntad; como que aquel hombre, al explorar las selvas inexploradas, al surcar los mares vírgenes, al domar los animales indómitos, al someter la insumisa creación, demuestra la fuerza incontrastable de la libertad individual y la santa legitimidad de su derecho sobre la tierra. El héroe de Daniel no es un héroe fantástico. Cuando nosotros nos paramos á contemplar el pobre cuáquero educado en el de-

sierto, nacido en una cabaña, con su libertad por todo patrimonio, con su Biblia por toda educación, leñador en aquellas selvas primitivas de la América del Norte, navegante en las aguas del Ohio, del Mississipi, que por un esfuerzo de su voluntad soberana y por un milagro de su República democrática ha roto este cendal de la materia, y ha subido, á través de las tempestades de la naturaleza y de las tempestades de la sociedad, á la cima del mundo moderno, al capitolio de Washington, para ser allí el Moisés y el Cristo de los negros, y enterrar los últimos restos del patriado bárbaro y romper las últimas cadenas del eterno esclavo, no podemos menos de reconocer que el héroe de la novela del siglo décimo-octavo, el trabajador solitario y abandonado, que se crea á sí mismo por esfuerzos interiores y que somete la naturaleza á su mano y la ley á su pensamiento, es una realidad viviente en la gloriosa historia de nuestras modernas libertades. El libro debía apasionar en su tiempo á las generaciones que lo recibieron y lo devoraron, puesto que el libro venía á decir, apoteosis sublime de la industria, que no hay elementos con fuerzas bastantes para resistir á la voluntad del hombre cuando se la emplea con brio y se la educa con perseverancia.

La educación, la educación comenzó á ser entonces un gran problema en Alemania, y la educación comenzó á ser esencialmente republicana. El primer nombre que se liga indisolublemente á este nuevo impulso del espíritu moderno hácia la libertad es el nombre de Basedow. Muy variamente se ha escrito y se ha hablado de este hombre. Mientras Michelet le llama ilustre, Herder dice que todo su secreto consistía en decir que criaba en diez años encinares que necesitan ciento, y que por su parte no le daría á educar, no ya hombres, pero ni siquiera bueyes. Y Goethe añade: «Basedow, que mira á todo el mundo como mal educado, es un hombre de pésima educación.» Seguramente había grandes lunares

A.

en su inteligencia y muchos vicios en su vida. Pero el pedagogo que comenzó la obra revolucionaria de la educación republicana tiene dos méritos: primero, despertar en el alma la idea de que tiene dentro de sí virtudes bastantes á ilustrarla y moralizarla conduciéndola al cumplimiento del bien; y segundo, evitar cuidadosamente que las supersticiones se apoderen del entendimiento, lo perviertan en sus primeros años y luego necesite pasar el hombre la mitad de la vida destruyendo la obra y la fé de la otra mitad. Así, Basedow prohibía terminantemente que se enseñara á los niños ninguna religión revelada, limitándose á despertar en ellos la conciencia moral y á robustecerlos por los ejercicios gimnásticos en su cuerpo y en su organismo, por los sentimientos liberales en su carácter y en su alma.

Este impulso que la pedagogía moderna había recibido de las obras de Daniel Foë, de Juan Jacobo Rousseau, y de los trabajos y prácticas de Basedow, fué fecundo en libros, en planes, en proyectos que tendían todos á la educación de la infancia y á fortalecer y á arraigar en la infancia la idea de libertad. Salzmann se empeñó heroicamente en esta lucha por las nuevas ideas. Aunque sacerdote, tronaba con grande elocuencia y mayor justicia contra la estrecha educación ortodoxa que encorbaba el entendimiento de la juventud, bajo el peso de la tradición; embargaba su memoria con versículos innumerables de la Biblia, y pervertía su carácter en prácticas religiosas sin real trascendencia á la educación y á la vida. Nadie como él se consagró á sacar del seno de las frías tinieblas, que lo pasado arrojaba sobre las almas, el ángel de luz que llevamos en nosotros, y que ilumina con su antorcha todo cuanto nos rodea, y nos señala con su mano bendita el camino que conduce á lo celeste, á lo eterno, camino sembrado de mundos y de soles, y oscurecido por las nubes sin rocío de la superstición y del fanatismo. Campe, el imitador de Foë, quita á la educación todo este sentimentalismo; se